

75 años
HOAC

1 9 4 6
2 0 2 1

Iglesia y Mundo Obrero
75 años de encuentro

esperanza
a la
vista



CAMINEMOS EN ESPERANZA

Adviento y Navidad 2020

by @muxotepotolobat



CAMINEMOS EN ESPERANZA

A pesar de las sombras que pueblan nuestro mundo, Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien. La reciente pandemia nos permitió rescatar y valorizar a tantos compañeros y compañeras de viaje que, en el miedo, reaccionaron donando la propia vida. Fuimos capaces de reconocer cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes que, sin lugar a duda, escribieron los acontecimientos decisivos de nuestra historia compartida: médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, empleados de los supermercados, personal de limpieza, cuidadores, transportistas, hombres y mujeres que trabajan para proporcionar servicios esenciales y seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas... comprendieron que nadie se salva solo¹.

Invito a la esperanza, que «nos habla de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor. [...] La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna».

Caminemos en esperanza².

Estas palabras de la reciente encíclica del papa Francisco nos sitúan en el pórtico del Adviento que comenzamos a vivir conscientes de que nuestra vida es esperanza; se ha de hacer esperanza para otros. Nuestra vida ha de ser significación de la esperanza que necesitamos para avanzar en nuestra humanidad con la certeza de que sin esperanza no podemos vivir. Porque nuestra esperanza no se asienta ingenuamente en la ilusión de que Dios hará nuestra parte, lo que a nosotros nos toca. O en la ilusión de que el «progreso» solucionará todas las cuestiones y traerá luz a nuestras sombras. O en la ilusión neoliberal de que las cosas acaban arreglándose solas. No es así para los empobrecidos del mundo obrero, para las víctimas de la injusticia, para las y los trabajadores precarios, para los migrantes, las personas sin hogar, o desempleadas, o amenazadas de desahucios... no es así para muchas mujeres que viven doblemente la pobreza por ser mujeres, no es así para los ancianos que nuestra sociedad (o sea, nosotros) descarta, o para los jóvenes a los que se cierra el futuro y empuja a vivir en un presente sin horizonte. No es así para muchas hermanas y muchos hermanos nuestros.

La pandemia nos ha descubierto la necesidad de vivir con hondura el presente, sin añorar pasados distintos, y sin fiarlo todo a futuros inciertos. Pero vivir el presente solo es posible desde la memoria y la esperanza. Nuestra esperanza se asienta en la memoria y se realiza en el presente. Se asienta en la memoria de las maravillas que Dios hace con su pueblo, en la memoria de nuestro camino recorrido, y en el presente que es historia de salvación cotidiana. Se asienta, siempre, en el amor y la fidelidad de Dios. En este Adviento nuestra memoria nos lleva a la mirada agradecida a estos primeros 75 años de historia de la HOAC, al recuerdo agradecido de las mujeres y los hombres que se hicieron esperanza en y para su mundo obrero. Y nos lleva a acoger gratuitamente la tarea de ser esperanza hoy también con y para nuestro mundo obrero.

La pandemia que vivimos nos ha descubierto –si queremos verlo– que la esperanza se enraíza y crece en los lugares humanos donde se planta y abona la fraternidad, la amistad social; Hay esperanza si acogemos y hacemos vida la Buena Noticia del amor de Dios, si pasamos el Evangelio de la escucha al corazón, del corazón a la casa, y de la casa a la calle y la ciudad, si transformamos

¹ *Fratelli tutti* (FT) 54.

² FT 55.

el Evangelio en nuestras convicciones y actitudes, para convertirlas en prácticas objetivas de fraternidad y justicia. La esperanza solo puede echar raíces y crecer en los lugares humanos en que avanzamos unas con otros hacia esa plenitud de comunión que es nuestra vocación más humana. La esperanza se asienta en la visibilización de nuestra vocación a la comunión que se va expresando en las maneras alternativas de vivir que somos capaces de generar frente a este sistema.

Este Adviento es tiempo para sentir y expresar que hay esperanza, más allá de las sombras del presente. Para sentir y expresar que queremos ser con nuestra vida, signos de esperanza en la Iglesia, y con ella ser sacramento de la Esperanza mayor para nuestras hermanas y hermanos del mundo obrero.

Este Adviento es tiempo para asentar nuestra esperanza en la segura fidelidad del amor entrañable de Dios que sigue acompañando nuestra historia. Es tiempo para recrear la experiencia de sabernos amados por Dios en la ternura del niño que nace para enseñarnos a seguir tendiendo puentes y derribando muros, para seguir entretejiendo lazos de reconciliación y amistad social. Es tiempo para ser esperanza, siendo portadores de la Esperanza de Dios con nuestra vida.

Si algo necesitamos experimentar en este tiempo con fuerza es la esperanza. Si algo hemos de ofrecer a nuestras hermanas y hermanos del mundo obrero, especialmente a quienes más sufren y sufrirán las consecuencias de la pandemia en su vida, es esperanza. La esperanza que se hace solidaridad cotidiana, fraterna cercanía, mirada acogedora, camino en compañía, pasión compartida, escucha misericordiosa, apuesta por la vida, siembra de utopía y entrañable y contagiada ternura en la caricia humana del Dios hecho niño.

ORAMOS, PUES, EN ESPERANZA, CON ESPERANZA Y PARA LA ESPERANZA

Oramos en esperanza porque solo así puede nacer nuestra oración. Nuestro diálogo vital y amoroso con Dios nace con la espontaneidad de la fe en quien vive en esperanza el amor nuestro de cada día; en quien cada día descubre en la vida el sacramento de nuestra fe, la entrega que da vida. Oramos en esperanza si cada día vamos haciendo de nuestra vida una siembra generosa, sin esperar resultados. Si nuestra vida la vivimos en la dinámica de la gratuidad que nos lleva a vivir la misma desmesura del amor que Dios tiene con cada uno de nosotros. Oramos en la actitud contemplativa de quien une la adoración a Dios con el amor a los hermanos de modo inseparable. Oramos en el diálogo amoroso con Dios. Oramos en esperanza porque, con humildad, sabemos lo que nos corresponde a nosotros, y lo que solo es de Dios, y solo podemos pedirlo y esperarlo confiadamente.

La oración es un encuentro con Dios y un dejarse enviar para servir a los hermanos. La prueba de la oración es el amor concreto por el prójimo. Y viceversa: los creyentes actúan en el mundo después de estar primero en silencio y haber rezado; de lo contrario su acción es impulsiva, carece de discernimiento, es una carrera frenética sin meta³.

La oración de los cristianos tiene esta «respiración», esta «tensión» espiritual que mantiene unidos el templo y el mundo. La oración puede comenzar en la penumbra de una nave, pero luego termina su recorrido por las calles de la ciudad. Y viceversa, puede brotar durante las ocupaciones diarias y encontrar cumplimiento en la liturgia. Las puertas de las iglesias no son barreras, sino "membranas" permeables, listas para recoger el grito de todos⁴.

³ Francisco. Catequesis, Audiencia General, 7 octubre 2020.

⁴ Ídem.



Nuestra oración, siempre, pero sobre todo en este tiempo de Adviento expresa esta tensión entre lo que vivimos y lo que anhelamos. La oración del cristiano siempre es la oración de alguien que vive con insatisfacción el momento presente, porque aspira a la plenitud del Reino ya comenzado, pero aún por realizar en plenitud. Por eso nuestra oración siempre es una oración en esperanza. Nunca es la oración de los hartos o satisfechos, o de los incapaces de soñar el Reino. Es siempre la de quienes sabemos que, cuando alcanzamos una meta, en la que tenemos la tentación de asentarnos, volvemos a escuchar la voz de Dios que nos pone, de nuevo, en camino hacia otro horizonte aún por alcanzar. Es una oración viva y vivida, nacida en la vida, creativa, audaz, una oración del Espíritu «que ora en nosotros». Es una oración de peregrinaje.

Oramos con esperanza, con la esperanza de que Dios siempre escucha. Dios tiene maneras extrañas de acoger nuestras oraciones y necesidades, y nuestra andadura vital no es más que ir descubriendo el lenguaje en el que Dios me habla, la música de sus palabras, porque para poder entenderlo soy yo quien ha de hablar su palabra y sentir con su mismo corazón.

Dice J.B. Metz que la oración es un quejido salido de lo más profundo... un acto de pedir que busca el rostro de Dios calladamente oculto. Y dice también que el lenguaje de nuestras oraciones debe implicar que las comunicaciones de Dios no se adaptan a nuestro modo humano de hablar. Él cita un viejo dicho rabínico para ayudarnos a evitar malentendidos: «Dios habla, pero no contesta». La oración cristiana no es un juego de preguntas y respuestas. Por eso la angustia, la tristeza y la aflicción pueden ser el principio de una oración; mediante la angustia puede la oración tornarlo libre a uno, al igual que a Jesús en el monte de los olivos, sabiendo que Dios siempre escucha. Y por eso nuestra oración desde la contemplación cotidiana de la vida del mundo obrero, y la acogida de sus gozos y alegrías, de sus tristezas y penas, de sus anhelos y esperanzas, puede conducirnos a la serena esperanza de poder esperar todo de Dios, todo en Dios.

Oramos para la esperanza. La oración es el centro de la vida. Si hay oración, también el hermano, la hermana, también el enemigo, se vuelve importante⁵.

Es la oración la que nos permite reconocer en cada persona el rostro de Dios, la que nos permite reconocernos como hermanos y hermanas, la que nos remite en el encuentro cotidiano con los demás a reconocernos hijos e hijas de un Padre común. Es la oración la que nos abre a nuestra vocación de comunión, a construir la fraternidad, a vivir en el servicio, a tender puentes y sembrar reconciliación. Es la oración la que nos ayuda a vivir en la pobreza, humildad y sacrificio que hacen posible la comunión. Es la oración la que nos abre a la esperanza, capaz de encarnarse en la vida, y de sostener nuestro camino, invitándonos a ir más allá de nuestras propias posibilidades, más allá de nuestros miedos y expectativas, más allá de nuestras propias capacidades, porque nos abre a la acción transformadora de Dios en nuestra vida.

Es la oración la que nos pone vitalmente en la senda de la Esperanza. Oramos para ir alcanzando y realizando la esperanza. Oramos con aquellos que la han perdido y desesperan, para que puedan recuperarla. Oramos para suscitara en medio de nuestra historia. Oramos para que la podamos cuidar cuando es débil candela, y para agradecerla, ya cumplida. Oramos para que la Esperanza ponga en tensión amorosa nuestra espera, y nos haga capaces de acoger a Dios que nace en nuestra vida.

Oramos, en definitiva, para poder seguir siendo Iglesia en el mundo obrero, la comunidad creyente de hombres y mujeres que Dios quiere que seamos. Y como María, la Madre de Jesús, «queremos ser una Iglesia que sirve, que sale de casa, que sale de sus templos, que sale de sus sacristías, para acompañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad [...] para **tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación**»⁶.

⁵ Ídem.

⁶ FT 276.



Por todo ello, el Adviento es tiempo de cuidados, tiempo de fraternidad y sororidad, de ayudarnos mutuamente a esperar, de cuidarnos unas a otros para permanecer en vela, para descubrir el paso de Dios que se acerca, que se humana, que nace. Es tiempo de sostenernos comunitariamente en la esperanza, de animar a los apocados, a los débiles, de no abandonar a quienes sufren desaliento. Es tiempo para tender los puentes de la escucha y el encuentro, para rehacer la amistad social, para sembrar reconciliación. Es tiempo de derribar los muros necesarios para allanar los caminos y vocear con nuestra vida la necesidad de preparar el camino al Señor. Es tiempo de dejarnos envolver y acariciar por la ternura de Dios.

Que podamos vivirlo así. Que seamos esperanza para nuestras hermanas y hermanos, porque caminamos en esperanza, porque un Niño nos ha nacido.

UN NIÑO NOS HA NACIDO, PARA TENDER PUENTES, DERRIBAR MUROS, Y SEMBRAR RECONCILIACIÓN

En esta situación tan condicionada por la pandemia que vivimos y en la que resulta difícil seguir acomodados a la normalidad con los que veníamos celebrando, por costumbre, la navidad, tenemos la oportunidad, de la mano del profeta Isaías, de celebrar con mayor hondura existencial la Buena Noticia de que Dios nace, la estupenda noticia de que Dios se hace niño y nos nace para seguir tendiendo puentes de fraternidad, para derribar los muros del individualismo insolidario, y para sembrar la reconciliación que nos permita reconocer en cada persona su rostro, posibilitando un futuro de encuentro y humanización.

Un Niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, para sostener y consolidar el Reino, con la justicia y el derecho, desde ahora y por siempre (Isaías 9, 2-7).

En esta Navidad podremos reconocer la ternura entrañable de Dios en la pequeñez del niño que nace en nuestras casas, entre nuestros vecinos, en nuestros lugares de trabajo, en nuestros barrios y pueblos, en los hospitales y centros de salud de esa sanidad pública tan desmantelada, en las residencias de mayores, tan necesitadas de ternura y cuidado. El Dios que nace también para tantas personas que sufren desaliento y que pueden, al encontrarse con él, permanecer en su amor.

Un niño que nace para que podamos seguir pensando como él, trabajando con él y viviendo en él. Que nace para llenarnos de la Gracia del amor que, con todo nuestro corazón, nos lleva a hacernos tierno servicio fraterno con todas nuestras fuerzas.

En esta Navidad podremos experimentar con más fuerza todo aquello que le da sentido. Podremos sentir con más entraña, la fuerza del mensaje que nuestro mundo envolvió entre luces y ruidos y que casi acabó por acallar. Dios nace, se hace carne de nuestra carne humana, llorará con nosotros para reír también en nuestros gozos, y para que descubramos en Él nuestra Esperanza, nuestro Consuelo, y nuestra Alegría. Aprenderá con nosotros para que aprendamos de Él. Crecerá con nosotros, para que crezcamos en Él. Vivirá entre nosotros, para que Vivamos con Él.

En esta Navidad podremos sobrecogernos ante la entrega absoluta de Dios por nosotros. En los silencios ambientales que nos acompañarán, podremos escuchar con mayor nitidez la voz y el canto de los sencillos al reconocer al Niño y al vislumbrar en Él su Esperanza; podremos disponernos mejor a cuidar la fragilidad, de manera tierna y fecunda. Podremos hacernos cargo de la situación de nuestros hermanos para ser capaces de trabajar con ellos en restaurar nuestra común dignidad.



En esta Navidad podremos vivir la explosión de la ternura que, en palabras del papa Francisco, es el amor que se hace cercano y concreto, porque nace del corazón y llega a los ojos, a los oídos, a las manos. Los más pequeños, los más débiles, los más pobres deben enternecernos: tienen derecho de llenarnos el alma y el corazón. El Adviento nos dispone a vaciarnos de lo que nos impide llenarnos de esa ternura, y la Navidad nos permitirá que sea Dios, hecho niño, niño que nace, quien nos la llene.

¡Feliz Adviento! ¡Feliz Navidad!

COMISIÓN PERMANENTE DE LA HOAC



© Comisión Permanente de la HOAC

Noviembre 2020 – Material de uso interno

Nuestro agradecimiento a Miryam, @muxtopotolobat, por la generosa cesión del uso de la imagen de portada.

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

I Domingo de Adviento B (29 de noviembre de 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Me pongo en presencia de Dios, con la ayuda de estos textos

Nuestra esperanza de tejas arriba está en Dios. Y de tejas abajo está en Dios
(Rovirosa, OC, T.I. 88).

Cada uno juega un papel fundamental en un único proyecto creador, para escribir una nueva página de la historia, una página llena de esperanza, llena de paz, llena de reconciliación (FT 231).

Acojo la presencia de Dios desde la vida

Dice el profeta Isaías en la primera lectura de hoy que el Señor sale al encuentro de quien practica con alegría la justicia, y andando en sus caminos se acuerda de Él. Y dice, también, que somos obra de su mano; nosotros la arcilla y Él nuestro alfarero.

En mi vida, en mis caminos cotidianos Dios me sale al encuentro, me sigue moldeando. A lo largo de la semana terminada también. Repaso esos caminos, esos encuentros, quienes los han habitado conmigo. Me hago consciente de que mi vida transcurre en presencia de Dios.

Adviento

*De las espadas se harán arados
y de las lanzas, podaderas.
Las palabras serán puentes
con los que se salven abismos.
Las memorias difíciles
nos harán más sabios.
Las vivencias felices,
más humanos.*

*Las preguntas avivarán la imaginación
y las respuestas alumbrarán nuevas búsquedas.
Los enemigos se sentarán, sin rencor,
En una misma mesa,
Y desenterrarán motivos para el encuentro.*

*Se alzaré el que se encoge asustado,
y el sobrado bajará de su peana.*





*El caprichoso
abandonará la edad del «quiero»
para adentrarse en la tierra
de la gratitud
y el asombro.*

*Losas de culpa y remordimiento
estallarán en mil pedazos
cuando la misericordia pose su mano
sobre el corazón de piedra.*

*El futuro ya está aquí,
donde la espera
es activa
y nos lleva a desenterrar
el evangelio escondido.*

(Rezandovoy)



La Palabra se pronuncia en mi vida



Mc 13, 33-37.- Velad

«Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!».

Palabra del Señor

Palabra que da luz a mi historia

Como en el texto del evangelio, Dios ha puesto en nuestras manos este mundo, la creación, y nos ha encargado cuidarla hasta su regreso. Los cristianos vivimos en esa continua espera de la venida del Señor. Velar no es solo algo propio de un tiempo, de una situación. Es nuestra condición vital. Somos quienes esperamos. Quienes velamos. Quienes confiamos en la vuelta del Señor para llevar el Reino a plenitud.

Velar es lo que nos permite mirar y descubrir, sentir y acoger, desvelar la cercanía del Señor y los signos del Reino, anunciar los signos de Vida que hay que cuidar y realizar.



Velar es algo que hacemos sostenidos por la esperanza y con la confianza de que Dios vendrá, aunque no sepamos cuándo ni cómo. Por eso hemos de vivir más atentos. Por eso no caben nuestros cálculos estériles, ni podemos ceder al desaliento.

Velar es la actitud vital con que realizamos la tarea de cuidado que Dios nos encarga. A cada cual nos encomienda una tarea. No hay nadie irresponsable.

El problema de la espera, –y esa es la experiencia en la que se sitúa el profeta Isaías en la primera lectura de hoy (Is 63, 16c-17.19c; 64, 2b-7)– es que, igual que no sabemos el cuándo, tampoco conocemos el cómo. Y podemos estar esperando algo que sea solo el fruto de nuestro deseo, no la voluntad de Dios, no el proyecto del Reino.

Adviento es tiempo para descubrir esa distonía que puede haber entre mi vida y mis esperanzas y el proyecto de Dios. Es tiempo para ponerme en sintonía con su proyecto de Vida, y convertir mis actitudes, mis maneras de pensar y sentir, de vivir, mi docilidad al proyecto del Reino. Nuestra tarea de cada día es seguir buscando, conociendo a Dios; es seguir dejándonos encontrar por Él y dejándonos transformar por ese encuentro.

Adviento es tiempo para reiniciar cada día nuestra historia con Dios y seguir dejando que su sorpresa nos envuelva. Dios siempre viene a nuestra vida en la novedad cotidiana que no se deja atrapar por la costumbre o la rutina. Nuestro Adviento nunca es una mera repetición de la jugada, porque la vida no lo es.

Si velamos y miramos, si vivimos con los ojos abiertos, Dios se deja ver y encontrar, y acoger por quien practica con alegría la justicia y andando sus caminos se acuerda de Él.

Para cuidar la parte de la creación que Dios pone en mis manos ¿cómo he de activar mi vela, mi esperanza, mi atención fraterna? ¿En qué puedo afinar mi proyecto personal de vida en esa dirección? ¿Cómo abrirme cada día a la sorpresa amorosa de Dios?

Desde el encuentro con la Palabra, vuelvo a sentir la invitación de Jesús

Dios está cerca

*¡Vamos, levantaos,
se acerca vuestra liberación!
Hay signos a vuestro alrededor·
¿No los veis en el barrio, en la fábrica,
en la comunidad, en vuestra propia casa*

*y en vosotros mismos, sin ir más lejos?
Restregaos los ojos,
mirad con esperanza el horizonte,
escuchad las buenas nuevas,
dejaos despertar por la brisa·
¡Dios está cerca!*



*¡Venga, levantaos,
alza la cabeza!
La gente se angustia por todo
y anda sin aliento, dando tumbos
de acá para allá, viviendo sin vivir,
echando a perder su vida.
Se desviven en fuegos fatuos,
en espejismos de desierto,
en vagas añoranzas.
Recobrad el aliento.
¡Dios está cerca!*

*¡Ánimo, levantaos
y permaneced despiertos!
No se os embote la mente o desboque el corazón
con tanta preocupación sobreañadida:
qué os pasará y qué haréis,
cuánto ganaréis y gastaréis,
cuándo sucederá y por qué.
Nada contra corriente.
¡Dios está cerca!*

*¡Hala, levantaos,
y poneos en marcha con ilusión renovada!
Otead el horizonte
Vivid atentos a los susurros,
a los lloros, gritos y risas
de la humanidad entera.
Dios está cerca.
Brotad a la vida.
Dejad lo vano y estéril.
Pedid fuerza para la espera.
¡Dios está cerca!*

(F. Ulibarri)

Y para que nazca la esperanza, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres

*Señor, Jesús...
Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo,
Pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti...*

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.

